

IX.

En vano se ha pretendido sostener que el principio teológico es extraño al cultivo de las ciencias físicas, del Derecho general y de la Bella Literatura. Los que así discurren, pierden de vista, sin duda alguna, los principios generadores de las ciencias, y la historia progresiva del espíritu humano. ¿Cómo han podido olvidar tan fácilmente las íntimas y maravillosas relaciones que ligan por una parte el mundo físico y el mundo moral, que estrechan por otra la religión con la política, y que han sostenido en el más dulce comercio la razón, el sentimiento y la imaginación? Estaba reservado á nuestros filósofos modernos pronunciar un solemne *mentis* contra los sabios del paganismo, que veían escrito el nombre de Dios en los astros del firmamento, y contra el Poeta-Rey, que cantaba los atributos divinos inspirado por el cuadro sublime de los cielos. Charle cuanto quiera la filo-

sófia materialista, nosotros veremos siempre el gran cuadro del universo físico, como un reservatorio inmenso de verdades metafísicas y morales, en que la filosofía, dulcemente inspirada por la religión, puede dilatar prodigiosamente el horizonte á sus miradas, é impeler al genio á la contemplación de esa verdad suma y universal de donde parten y en donde terminan todos esos conocimientos preciosos que están distribuidos á la especie humana.

Por lo demás, deberíamos contarnos por muy felices, si á esto hubieran de reducirse los argumentos que apoyan el cultivo del Cálculo y la Física en los colegios eclesiásticos; pero tenemos que alegar una razón más con las nuevas necesidades que han venido á engendrar los impíos con el carácter de sus impugnaciones. Abandonado el antiguo sistema, la impiedad se ha criado nuevos recursos, y ha formado, por explicarme así, del cultivo de las ciencias físicas un inmenso fulcro para precipitar en el abismo la verdadera Metafísica, los documentos de la Santa Escritura y los principios de la moral evangélica. Aquí vemos combatida con orgullo y con tenacidad la cronología de Moisés con los cálculos astronómicos y con las investigaciones del naturalista: allí

vemos renacer el Panteísmo de la fuerza expansiva que se difunde por toda la naturaleza: unas veces nos atruena la inmensa vocería de los fisiologistas conjurados contra el espíritu: otras vemos al orgullo de la ciencia desdeñar los grandes motivos que presiden á la creacion y á los fenómenos, relegar al público desprecio el estudio de las causas finales, no reconocer en la naturaleza más principio activo que el de los agentes físicos, ni más fuerza reguladora que la simple sucesion de los fenómenos. Por último, cortadas así las relaciones íntimas que ligan á la tierra con el cielo, sufrieron la ley de la materia las ciencias que parecian tener con ella ménos analogías. La moral no tuvo más apoyo que el interés, y las artes y el comercio vinieron á ser los dos resortes exclusivos del mundo político.

¿Seria prudente abandonar con el cultivo de las ciencias físicas el campo de la lid á la discrecion de los impíos, en esta nueva rebelon de los naturalistas incrédulos contra Dios y su Paovidencia? Hé aqui, señores, por qué la Física ocupa un lugar tan distinguido en el pensamiento de los que presiden á los estudios eclesiásticos; y hé aquí al mismo tiempo de qué modo pueden subordinarse al principio teológico todos los estudios preparatorios, aun los que pa-

recen tener menos analogías con los grandes objetos de las ciencias eclesiásticas. Basta leer el Génesis, para saber hasta donde se estiende la inspeccion de la Iglesia sobre todas las ciencias (1).

(1) Véase la nota B puesta al fin, *Subditos ar...*